

NAVIDAD

Is 9,1-6 + Tt 2,11-14 + Lc 2,1-14



Un niño nos ha nacido.

La noche es el escenario privilegiado para enmarcar la Natividad del Señor. Todo se ve mejor en el contraste entre el día y la noche, la oscuridad del mundo y la luz que se enciende, los dolores del parto y el gozo ante el recién nacido. Por eso, esta noche es Nochebuena, porque es la noche de un mundo perdido que se recupera con la aurora de la salvación, como apunta Isaías. Aunque el acontecimiento nos lo describe magistralmente Lucas. Mientras el emperador del mundo, que se cree el dueño del mismo, da las órdenes para saber con cuántos tiene y, de paso, contar con más recursos de las sustanciosas contribuciones, en un rincón del imperio, en un rincón de Judá, en un rincón fuera de Belén, Dios viene al mundo como hijo de María. Así, no sin intención y con mucha ironía, Lucas deja constancia de cómo Dios, que sí es el dueño del mundo, se cuela de rondón, sin que nadie se entere, en la historia. Porque la historia y los poderosos que la enseñorean no es más que el contexto de otra historia y de otro imperio: la historia de la salvación y el imperio de la gracia y del amor de Dios.

Ha aparecido la gracia de Dios.

Así lo ve y se lo explica Pablo a Tito. Así nos lo hace saber esta noche a todos nosotros. Y nos exhorta a que seamos consecuentes, respondamos a la invitación de la gracia de Dios y aceptemos la salvación que se nos brinda y nos compromete. La nueva fe no va a desbancar nuestra condición de seres humanos, pero sí va a sobredimensionarla, dándole un nuevo fundamento y mayor alcance. La sobriedad, la honradez, la religiosidad, virtudes

humanas, siguen siendo también cristianas. Pero hay cierto distanciamiento de lo mundano y una llamada a la esperanza, como fuerza dinamizadora, en un nuevo horizonte, abierto a toda la humanidad, por el recién nacido, que es, previsto por el profeta: Consejero maravilloso, Dios Guerrero (otrora, mas ya no), Padre perpetuo, Príncipe de la paz. Y paz es lo que pedirán cantando los ángeles para los hombres, porque el Señor los ama.

Ésta es la señal.

El acontecimiento trascendental de la historia tiene lugar, paradójicamente, en un ámbito casi exclusivamente íntimo y familiar. Sólo unos pastores, que ocasionalmente velaban sus rebaños, serán testigos de excepción. Y unos magos, unos extranjeros que se desplazarán desde tierras lejanas para ver lo que nadie quiere ver. En Belén no estaban los poderosos, ni los ricos, ni los bienpensantes, ni los notables. Vino a los suyos y los suyos le dieron la espalda. Como pasa en nuestros días y en nuestro mundo superdesarrollado. Pero allí aparecieron también coros de ángeles para proclamar a cielo abierto lo que algunos intentaron ocultar en la tierra. Y los ángeles pusieron las cosas en su sitio: Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres, porque los ama el Señor. Y así, en la pobreza, en la sencillez, en la debilidad de un niño recién nacido comienza la verdadera historia, la de la fuerza salvadora de Dios. Y ésa es la señal para los que quieran ver. Que no busquen la salvación en el poder, ni en las riquezas, ni en las armas, ni en la prepotencia. No hay otra señal que la vida, una vida, un niño o una niña recién nacidos, por pobres, desconocidos y lejos que nazcan. Ellos son la señal y la esperanza.

Aquí paz y allá gloria.

El mensaje de los ángeles, mensajeros de Dios, es nuestra consigna en esta Navidad. Aquí paz, porque la paz es el colmo de todos los bienes, la suprema aspiración de todos los seres humanos, la causa pendiente. Y no sólo porque abunda la violencia, no sólo porque se sacraliza el terrorismo, no sólo porque hay clima de guerra, sino porque no podremos vivir en paz, mientras se violen los derechos humanos, consintiendo el subdesarrollo, la pobreza, el hambre, los niños muertos de inanición o sin asistencia sanitaria adecuada. No podemos vivir en paz, aunque se renuncie a la guerra, si no saldamos la deuda que tenemos con nuestros hermanos en el Tercer Mundo o en el Cuarto. Y allá gloria, gloria a Dios en el cielo. Porque sólo Dios puede ayudarnos a resolver lo que es imposible para los hombres: que nos queramos como él nos quiere. Y con Dios contamos. Está con nosotros, ha nacido para nosotros, y por nosotros y por nuestra salvación vivirá y morirá y resucitará y subirá al cielo. Está con nosotros por su Espíritu. Por eso, tenemos que dar gloria a Dios, tenemos que darle las gracias. Tal es el sentido de nuestra Eucaristía en esta Navidad. Ojalá lo sea también de toda nuestra vida. Que nuestra vida sea una Navidad permanente y que se renueve, no sólo cada año, sino cada día, cada vez que venga al mundo una nueva vida. Cada vez que nace un niño o una niña, en cualquier rincón del mundo, Dios se hace hombre en el recién nacido.